

ARTE EN BARCELONA

Plaza Real

Santa María del Mar

Ateneo Barcelonés

oOo

Poemas y prosas de Santiago Montobbio

Dibujos de Sofia Isus

janvier 2018 © santiago montobbio & sofia isus

RALM

Revue d'Art et de Littérature, Musique

www.ral-m.com/revue/

ARTE EN BARCELONA

Líneas de presentación

PROSA Y POEMAS EN LA PLAZA REAL

SANTA MARÍA DEL MAR

PALABRAS FURTIVAS EN EL ATENEO BARCELONÉS

Líneas de presentación

El 20 de mayo de 2017, la pintora y escultora Sofia Isus participa en la jornada “La Plaça dibuixa”, organizada por la Fundació Setba, y dibuja la fuente de la Plaza Real de Barcelona. A su lado está el poeta Santiago Montobbio, quien se pone a escribir, porque —siente, dice en lo que escribe— “así puedo hacer lo que sé hacer y es para lo que he venido a este mundo y es escribir”. Escribe en los reversos de los cartones que anuncian esta sesión de “La Plaça dibuixa”. Los dos artistas escriben y dibujan uno al lado del otro, de modo espontáneo y sin directriz alguna. El 1 de junio, ambos se encuentran en la última sesión de *Zoom. La colección en análisis*, en el Museo Picasso de Barcelona, y al compás de la música que se sucede y de las situaciones y poses de la modelo que se crean, todo ello combinado por la artista Irma Arribas, componen un conjunto de poemas y dibujos que hemos publicado en *Revue d’Art et de Littérature, Musique: El bronce de los sueños (Una tarde en el Museo Picasso de Barcelona)*. Al día siguiente, 2 de junio de 2017, Sofia Isus y Santiago Montobbio se encuentran en la iglesia gótica de Santa María del Mar escuchando un concierto. Sofia se pone a dibujar y Santiago a escribir. Lo hacen, como sucedió el día de la Plaza Real, de modo espontáneo y a la vez —Sofia dibuja y Santiago escribe— por propia voluntad y también sin directriz alguna. Santiago dice en los papeles que le prestan de manera improvisada para escribir: “La

verdad del arte y de la vida, que con amor en el arte busco, y he de seguir buscando de maneras y formas imprevistas, en sitios impensados, en sitios muy queridos y muy familiares de mi ciudad”. Esta experiencia artística de escribir y dibujar o pintar los dos artistas a la vez, creaciones propias y libres, tal como a cada uno le surgen, pero que crean en el mismo lugar y tiempo de Barcelona, continúa en la sesión “Apuntes del natural” que organiza el Cercle Artístic de Sant Lluc y que tiene lugar en el jardín romántico del Ateneo Barcelonés el 18 de junio de 2017. Esta hermosa experiencia de creación y que une escritura y pintura por parte del tándem artístico que constituyen ya Sofia Isus y Santiago Montobbio se da en lugares simbólicos y muy representativos, corazones — como los llama en estos escritos el poeta— de esta ciudad que todos amamos, Barcelona, y publicamos el conjunto de poemas, prosas y dibujos que los dos artistas en ellos crearon con el título *Arte en Barcelona (Plaza Real, Santa María del Mar, Ateneo Barcelonés)*.



PROSA Y POEMAS EN LA PLAZA REAL



La Plaza Real. La fuente. Sofía está a mi lado en la sombra como una sombra amiga y la dibuja. Me dice que tendría que haber traído un libro. O papel, una libreta, digo yo, para escribir. Y me incita a pedirlo, y hace bien. Lo hago, y así puedo hacer lo que sé hacer y es para lo que he venido a este mundo y es escribir. Así lo digo, contento, cuando llego con unos cartones. Y, también, que Borges decía que no sabía si era bueno lo que escribía, y esto no sabemos si creémoslo, pero sí la razón que daba para hacerlo, y es que decía que entonces, al escribir, cuando escribía, era fiel a su destino. Y esto es cierto. Y así lo hago y he de hacerlo. Yo no sé dibujar pero sí escribir, dibujar con palabras que es también arte de la mano. Pensaba, de hecho, escribir algo de lo que viviera y

sintiera hoy en la Plaza Real. Recordaba a mi madre al desayunar, antes de venir, que hace justo un año que vine, y al día siguiente volaba a Milán, el domingo, y el lunes hacía allí el acto con Bellini. Un año. Estuve dos horas, de diez a doce. Subimos a terrazas y espacios hermosos, algunos que no conocía. Es distinto hoy. Escribo con un precario lápiz, y el año pasado me llevé un montón de lápices de colores para mi sobrina Laura. Lo recuerdo. Hoy es todo más precario. Hay cola en los sitios. Y Sofía, con su habitual perspicacia y sentido de las cosas, se agencia unas sillas para dibujar la fuente de la plaza a la sombra. Yo estoy a su lado y escribo en el reverso de los cartones que anuncian el dibujo de hoy aquí en la Plaza Real y siento la sombra de una amiga y siento la sombra que dan también las palabras, la sombra de las palmeras y algo de sol que se filtra entre sus hojas. La vida es buena. Está bien vivir, puede estar bien alguna vez. Poco que decir del dibujo y de los sitios hoy de la Plaza Real. Pero puedo decir y sentir en mí lo que esta plaza ha sido para mí, en mi corazón y en mi sentir, en el afecto que aún queda en el perdido desván de la memoria antes de que la mancharan las hordas de turistas. Esta Plaza ha sido un corazón de Barcelona. Es mi infancia y mis paseos por ella con mis padres y hermanos entre monedas y sellos. Es la juventud y el alcohol hasta muy lejos en la noche, es el jazz, es el amor roto y todo lo roto que en esa juventud hubo y lo que en ella perdí y no tuve. También es acaso lo que tuve. Es la noche y el alcohol lejano, el tabaco — también lejos— la amistad, el amor a la vez como un secreto y un furor. Es este Gaudí primerizo y aún

académico de sus farolas. Es la voz de Ofilio Picón junto a la mía un día de este mes de marzo sonando desde ella, en lo alto de uno de sus edificios, desde el programa que un compañero de colegio tiene en una radio alternativa que aquí está. Somos nosotros dos y la Barcelona y Nicaragua que somos hablando desde esta casi azotea en esta plaza esa noche, y las canciones que Ofilio ha hecho con mis poemas y desde ella suenan. La Plaza Real, en Barcelona, es la noche, y es para un barcelonés antiguo como yo soy muchas cosas. Es el jazz (ya lo he dicho) y es la noche (también lo he dicho), la noche intensa de la juventud que en ella acaba, si después —perdido y roto— se va a casa. Son los fracasos del alba, ese título que di a unos poemas en la adolescencia. Son los poemas que escribí entonces y los que escribí después y también los que no he escrito. Es Barcelona y es la poesía y es la noche. Es una fuente de recuerdos, fuente acaso como la que Sofía a mi lado dibuja. Se filtra más el sol, lo dice, y se aparta un poco. Yo sigo en la embriaguez de escribir en estos cartones. He pedido más de los que me daban, pero aun así no son bastantes. Tendré que empezar a usar algún reverso. Escribo como quien dibuja, sobre un cartón, a lápiz y con una pinza que me sujeta el cartón mientras escribo (he dejado un espacio porque aquí estaba la pinza). Miro el reverso y no hay espacio para escribir en ellos. Pero tengo que escribir, he de ser fiel a mi destino, que es sólo aire, porque se da nada más mientras lo busco, y voy a pedir más cartones. Me dan sin problemas. Menos mal. Así puedo escribir, escribir al aire libre en la Plaza Real, ante una fuente que no miro, porque aunque escribo

como quien dibuja escribo desde dentro y no tengo modelo que mirar. Soy fuente que mana. Soy agua mientras escribo, soy sombra, soy la mano que escribe estas líneas. Hablaba el jueves a Sofía y Alberto del escribir a mano y su significado y cómo se ha perdido mientras el autobús subía el Paseo de Gracia. He de escribir prosas de estas tardes, quiero hacerlo. De estos encuentros que han sido. Del fulgor y el brillo que hay en la bondad de Alberto y la verdad con que vive en su busca el arte. Espero hacerlo. Ahora escribo al aire libre en la Plaza Real. Suena música. He tomado un café aquí al llegar, pero sólo un momento, porque enseguida Sofía me ha avisado de que estaba en la cola, y he ido. Escribo en la Plaza Real. Escribo en uno de los corazones de Barcelona y digo que esto ha sido para quien aquí ha nacido y ha sido niño. Escribo con el dolor y el olvido de todo lo íntimo que para él en esta ciudad se ha perdido. Escribo rápido, no pienso, sólo siento y la sangre me dicta el ritmo y el pulso de las líneas. Yo la sigo. La sigo y escribo. Así escribo esta mañana en la Plaza Real de Barcelona, mientras suena la música, y en el aire y sus sonidos siento y sé lo que he perdido. Escribo de lo que he perdido. De lo que soñé y no tuve y de lo que no me atreví casi a soñar. De la poesía y el amor que aun en su falta y en su ausencia o falta de respuesta sé que están detrás de todo y aún persigo. Escribo, escribo en cartones y por tanto esta prosa tendrá unos originales peculiares, ya que el otro día hablábamos de ellos, y será el estar escrita a lápiz y en ellos. Al aire. Da algo de sol, se filtra algo entre las hojas de las palmeras. Pero no me molesta y estoy bien. Escribo.

Escribo. Escribo desde el alma, desde la noche y desde la sangre. Desde la fuente de la poesía y el pozo de mis recuerdos. Escribo así. Escribo, amigos, de la vida, de mi vida a cuestas y adentro que en el escribir tal fuente mana. Escribo y siento que estoy vivo, que es mi manera de sentir de verdad que lo estoy y decirlo. Pasan unas bicicletas a mi lado. La gente dibuja sentada, de pie, apoyada en las farolas. Yo escribo en una de estas sillas que se ha agenciado Sofía y por estímulo suyo. He de sacar punta al lápiz. Porque escribo. Escribo en la Plaza Real esta mañana de mayo, hace un año que aquí estuve, un año es poco y es mucho, es tiempo, y el tiempo es todo y nada, es manantial para el arte, sustrato misterioso del hombre, que en su fluir lo constituye. Escribo a la sombra de las palmeras y de una amiga que vuelve a sentarse a mi lado (¿Tenéis sombra?, pregunta), para seguir dibujando la fuente. Yo no dibujo la fuente. Yo escribo. No sé muy bien ya qué escribo, pero escribo de mí. Ya no sé qué digo, pero escribo y escribo, escribo mucho, no puedo parar de escribir, porque lo hago igual que respiro. Ya he expresado mi temor de que fueran pocos los cartones que me habían dado, porque —como he dicho a Sofía al llegar con ellos— no tengo medida. Y recuerdo que Baroja decía que el oficio de novelista no tiene metro. Porque en él cabe todo. Cabe la vida. Y la vida es todo. Escribir se hace con la vida. Es la vida. Que se escribe y dice a sí misma al escribirse. Así escribo, en estos cartones, al lado de una amiga que dibuja o pinta la fuente de la Plaza Real, y escribo como ella pinta y como el agua de esa fuente, y escribo de esa Plaza, la Plaza Real de Barcelona y lo que

ha sido y lo que ha perdido y pese a todo aún es y por eso de todo eso yo de ella escribo, mientras al lado alguien hace acrobacias y suena la música. Ahora deja de sonar. Quizá —el corazón tiene sus caminos y sus misterios— porque yo estoy sintiendo que he de dejar de escribir. Aquí me callo en los cartones, aquí digo adiós, hasta la próxima. La próxima música y poesía que ha de sonar y ha de volver llena de noche y de recuerdos, recuerdos y noche desde los que escribo esta mañana en unos cartones de dibujo en la Plaza Real de Barcelona, y me dibujo en ellos niño y perdido, y soy aún lo que he sido y lo que no podré ser mientras escribo, soy todo y nada, la noche y el alba y sus fracasos, la lejana juventud que he perdido y todo lo que en ella ya perdí, soy todo lo perdido y soy también lo que espero, lo que aún espero. Soy el profundo amor desde el que escribo.

LA NOCHE QUE NO SE VA. LA NOCHE

en que se regresa. La noche que te persigue
y sientes y aún está cuando empieza
la mañana. Porque la noche no se marcha.
Así lo siento y escribo en un cartón
esta mañana en la Plaza Real. Una amiga
dibuja su fuente a mi lado. He mirado
su dibujo y es precioso y así me ha
gustado decírselo. La vida es esa
fuente y el dibujo que mi amiga
ha hecho de esa fuente. La vida
es fuente, es agua y es también
noche oculta y que se presiente
en su mañana. La vida está
llena de noche. Es noche. La vida
es noche. La poesía es noche. Desde
la noche escribo, escribo poesía
que no sé adónde me conduce
pero sí que me adentra en mí mismo
y me dicta la noche.

QUÉ HABRÁ TRAS LOS SUEÑOS, TRAS

la noche. Qué habrá tras

la nada. Tras la nada

y la noche

habrá más noche

o habrá más nada. Todo

es un final desierto sobre el alma.

Siento y escribo estos versos y ya al sentirlos

me parece que recuerdo y uno en ellos

versos viejos, y a la vez que no hay en ello

un remedo o una impostura sino sencillamente

una misma manera de sentirme solo e indefenso

y otra vez decirlo desde ellos. Vuelvo a decirme

desde versos ya dichos, sólo porque es verdad

lo que dije en ellos, verdad cómo sintieron la vida

y verdad que yo soy el mismo y por esto puedo

volverme a decir en ellos.

Yo no repito: insisto, decía el pintor

Ramón Gaya, y me viene al recuerdo, y creo

que el que lo haga en este momento es
muy pertinente. Sigo en la Plaza
Real. Hay más nubes y un poco
más de sombra. Oigo el agua
de la fuente. Oigo también y de igual
modo, como escucho esta agua
estos versos que vuelven y entrelazo
y en los que me digo otra vez en ellos
y así al así decirme también la vida digo.



LA PLAZA. LA PLAZA DIBUJA. LA GENTE ESTÁ
SENTADA AL SOL

en la fuente. Levanto los ojos del cartón
y la veo. Veo también el dibujo de Sofía,
que avanza y se completa, y le digo
que me gusta. Hace unos gestos. ¿Qué
dices, que no, que no te gusta? En efecto,
dice que no. Que no le gusta. En el arte
nunca se sabe, y muchas veces
el propio artista no sabe. Lo pienso
pero no se lo digo. Para qué he
de decir esto, ni decir nada. Le dejo
que dibuje y sea libre. La libertad del arte
en todos sus pasos inciertos —ese título
que dio a algunos de sus poemas
Claribel Alegría, ahora por ellos
distinguida— nos la da también
en sus extravíos, en sus pantanos,
en sus ausencias, en sus
sequías. El arte es libertad
siempre en su busca. Y el artista
no sabe mucho, sabe en el

sin saber, el sin saber sabiendo
que decía San Juan de la Cruz
y le recordaba a Alberto García Álvarez
ante uno de sus cuadros hace dos días
mientras hablábamos a tientas de esto,
y él al momento completó en forma
de asentimiento: toda ciencia
trascendiendo. En este sin saber
dibuja ahora a mi lado Sofía
esta mañana en la Plaza Real,
un dibujo que siente que no le gusta
pero en el sin saber hace y quizá
por esto también así lo siente, porque
este sin saber es complejo y complicado
y está lleno de incerteza —los dibujos,
los poemas son, sí, Claribel, pasos
inciertos— pero es en este
sin saber en el que
se encuentra. A tientas
y en la duda, mientras
se camina entre la niebla

o entre las sombras. Así

se dibuja, así se canta.

Así se dice la vida.



SE HACE EL DIBUJO. SE HACE EL POEMA.

Se hace la vida. Con pasos inciertos
camina. Al final con ellos te dice
y te encuentra, quedas en su misma
búsqueda dicho. El arte es esa
búsqueda imprecisa y la felicidad
de buscarse entre su niebla, de
intentar decirse y perderse
en esa busca. El arte es el camino,
es la busca, es la pregunta. Es
sólo su darse.

UNA BUENA COMPAÑÍA. LA SOMBRA

de una buena compañía amiga
me hace hoy escribir, esta mañana,
escribir una prosa y escribir poemas,
sentir y decir en ellos la vida.

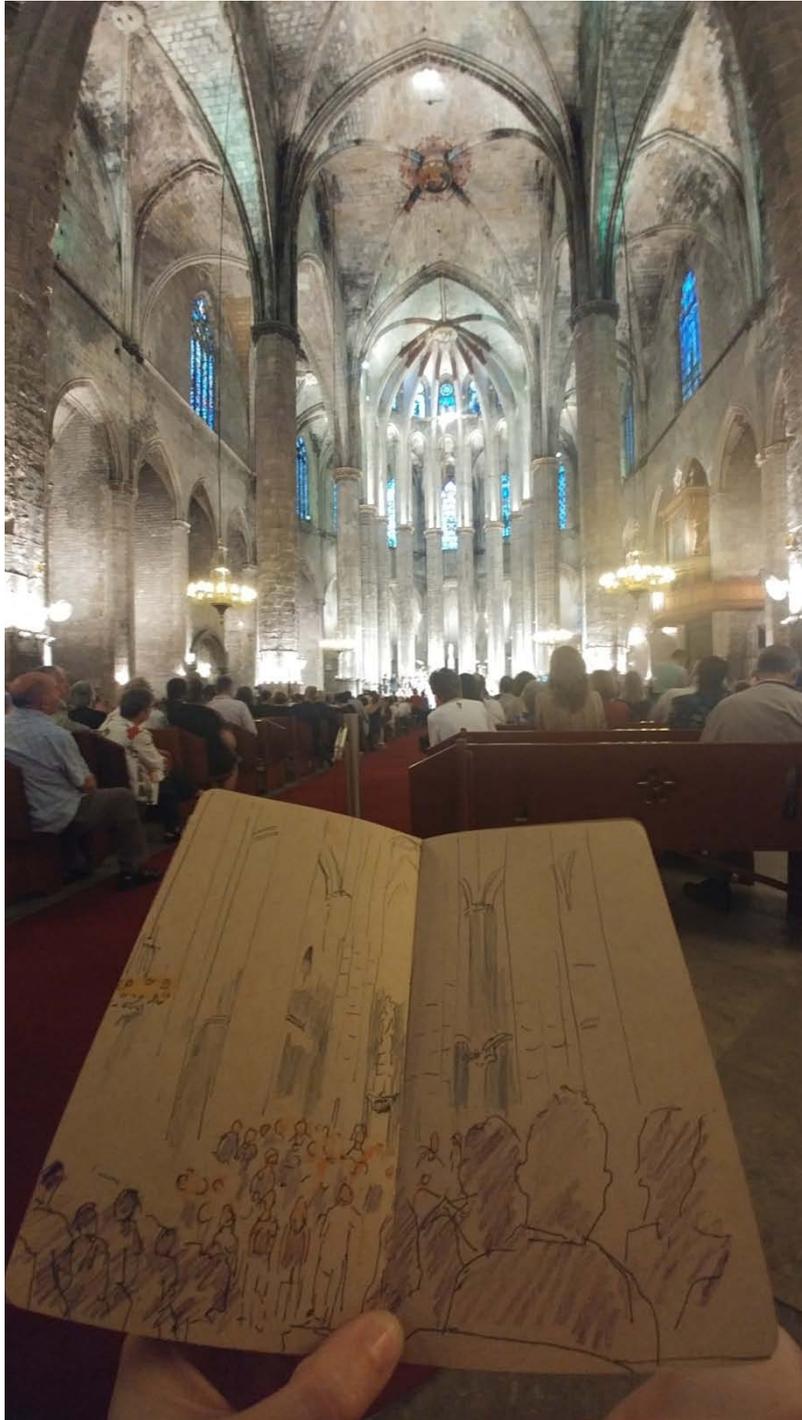
La vida puede ser también una sombra amiga,
y el arte ahora querer decirla. Dar,
como en la canción, gracias a la vida, darlas
al menos y ni que sea alguna vez. Las doy
ahora, esta mañana, en este poema
que más que un poema es un testimonio
o casi un testamento que dice
que hay algo de felicidad en la vida.
Y el arte puede sentirla alguna vez, y decirla.

SABER QUE HE SIDO FELIZ AQUÍ. SABER

que he sido feliz alguna vez,
mientras escribo. Este es todo
el saber de mi sin saber,
y nada más aquí digo. Aquí
 nombro a esto que no es
poema y no es nada, es
otra cosa, es un testimonio
y un testamento de estar vivo,
de haberlo estado, haber sido
feliz o casi feliz mientras
hago arte y en él me busco.
Ahora decirlo, ahora saberlo
y ahora decirlo, tener y querer decirlo.
Como testimonio y como testamento,
como resumen de una vida o lo que
quieres y pienses que pueda
ser ya esto.

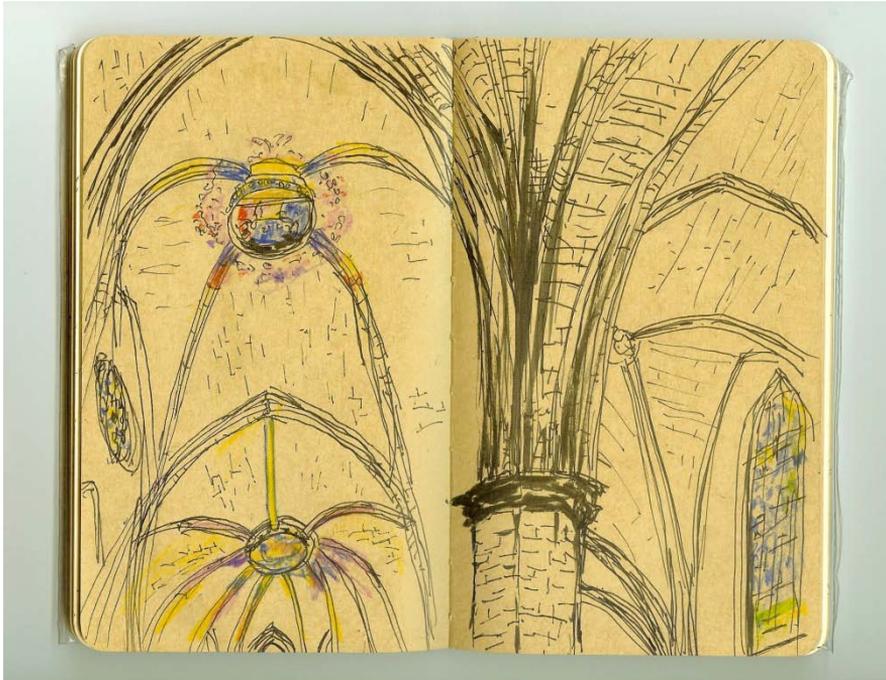
Plaza Real, Barcelona, 20 de mayo de 2017

SANTA MARÍA DEL MAR



Santa María del Mar. Sofia se pone a dibujar o pintar. Me dice que siempre lo hace cuando se aburre. Saca una libreta, y recuerdo la libreta que llevaba mi madre a misa y le daba a María Esperanza cuando era muy pequeña, para que se distrajera y dibujara. Me lo recuerda Sofia. Sofia me dice que si voy a escribir. No pensaba hacerlo. Pero puedo hacerlo sin pensar. Se escribe sin pensar. El arte es sin pensar, e improvisamos unos papeles rotos, como los que Cervantes leía por las calles al final de su vida y para que en ellos yo escribiera. Son reversos, pedazos, lo que tenemos. Y ahora tenemos luz, que acaban de encender. Hasta ahora escribía en la penumbra. El arte también son las penumbras. De un modo muy acertado empleaba Emilio Prados esta palabra para cobijar o señalar con ella los períodos de transición entre épocas sólidas y definidas en el hacer de un artista. Entre medio, entre tanto, penumbras. En penumbra yo escribía, y esto es también una penumbra, o el apunte de una penumbra. Apunte de palabras mientras Sofia pinta o dibuja a mi lado —se ha colado un palomo, me dice— en Santa María del Mar. El mar de Barcelona y la paz del gótico, ahora que iba a nombrar el silencio empieza la música, hasta con palmas. La música también es arte y también da paz, y lleva al alma. La canta, la arranca. Tengo este trozo de papel para escribir, pequeño, y no podré escribir mucho. Será la medida de mi canto. Cuando acabe, tendré que acabar de escribir. Pero las piezas de arte tienen siempre su tempo y su medida, aunque esta vez vendrá impuesta por esta cuestión circunstancial. Como, por otra parte, otras veces. Todo es esencia y circunstancia, la

circunstancia de la que se parte y en el arte se traspasa, se va más allá de ella. Quizá por esto Gerardo Diego afirmaba que toda poesía es poesía de circunstancia y remachaba, muy rotundo, que quien le dijera lo contrario no sabía lo que decía. La circunstancia aquí, ahora, es este trozo de papel. Trozo de papel y trozo de alma en él, en esta música que suena en uno de los corazones más antiguos y más bellos, más limpios de Barcelona y es Santa María del Mar. La paz, el silencio —lo voy a nombrar aun en la música— el recogimiento al que invita esta iglesia, el adentrarse con sosiego y de manera misteriosa en uno mismo. Mientras afuera está la juventud y las noches en el Born, afuera llueve o hace sol, estamos acompañados o solos, da igual y qué me da, qué nos da, si todo sucede por dentro, como dije en un poema, y en este sentido el arte y lo más real y verdadero de vivir siempre es un poema. Se acaba el papel, y aquí termino.



Addenda:

Más papel. Por magia aparece más papel. Me lo da Susanna, que tengo a mi otro lado y al enseñarle la frase triste con que terminaba el trozo roto —Se acaba el papel, aquí termino— me dice que busca y me da. Le digo que da igual y no hace falta. Porque ya sabía que tenía una medida y lo dice hasta el texto, no sólo en su final. Pero siempre se puede decir más, y se quiere decir más de lo que se dijo, y así lo recordaba. Pensaba así en la cuestión de las pautas, de las reglas, de la métrica, que yo no uso pero están y hay a quien ayudan. El verso libre, o la línea libre es más difícil, como bien observó Borges y supo ya en la madurez, tras haber creído joven lo contrario. Porque requieren escribir desde una íntima convicción, y que esta convicción dicte los versos y por donde se cortan, y también las líneas de la prosa y cómo se encadenan y se

enredan en su música. Música. Oigo música de este coro que aquí actúa. Termina una canción, yo escribo y Sofia y Susanna aplauden. Sofia, por tanto, se interrumpe por un momento en el dibujar. Yo no en el escribir. Y escribo pensando que ya no escribiría más, escribo libre y sin pensar, sin haberlo pensado antes y mucho menos saber adónde este escribir me va a llevar, aunque el arte — pienso— siempre es así. Pienso también que esto es una addenda al texto previo y que como tal ha nacido y puede considerarse por ello adjetivo, pero a este adjetivo le llegará dentro de poco también el final, porque escribo ya en el reverso del papel que he encontrado y me ha dado Susanna. Música. Arte. Paz. Y el gótico, y mi ciudad. Me interrumpo para pensar y decirme esto, como si estas palabras fueran unos acordes antiguos y profundos que en mi corazón resuenan. Y mi corazón sabe que son verdad. La verdad del arte y de la vida, que con amor en el arte busco, y he de seguir buscando de maneras y formas imprevistas, en sitios impensados, en sitios muy queridos y muy familiares de mi ciudad —uno de los palacios del Museo Picasso de la calle Montcada donde escribía ayer, era, recuerdo, de mi familia materna, allí vivieron— en trozos de papel, en la addenda que permite un nuevo papel que sale y que ya enseguida acaba. El arte es este papel que de pronto y sin esperar encontramos y nos deja aún vivir y escribir más en él, escribir más, escribir otra vez, y ser, ser en paz y a la vez en escorzo y ser un ser también difícil y que se retuerce como entre la niebla mientras en ese escribir se busca.



Santa María del Mar, Barcelona, 2 de junio de 2017

PALABRAS FURTIVAS

EN EL ATENEO BARCELONÉS

Palabras furtivas. Éstas son palabras furtivas. Siempre lo son las palabras de verdad, las palabras del arte, las que tiemblan y las que indagan, pero aún más lo son éstas. Hoy se dibuja en el jardín del Ateneo Barcelonés, en el que yo pasé tanta juventud en el descanso del estudio y los poemas que lo rompían y de él huían, los poemas en los que de verdad me decía, y ratos también en el jardín, solo o con amigos, con un café. Aquellos poemas eran también palabras furtivas, como éstas de ahora. Sofía venía a dibujar, como socia de Sant Lluç. He acompañado a Sofia a lugares en que dibuja, he disfrutado de estas mañanas en estos lugares y de su compañía, de su hacer arte a mi lado. He escrito después de estos ratos, como he escrito de tantos, sin que ella lo sepa. Pero el otro día, en la Plaza Real, y por sugerencia suya, me puse a escribir, y así el otro día también en el Museo Picasso y en Santa María del Mar. No lo había hecho nunca. Ahora ya lo hemos aprendido, o lo sabemos. Que podemos pintar o dibujar y escribir a la vez, juntos. Así para esta mañana ya me ha dicho Sofia que traiga papeles, porque encima voy sin papeles, que vaya con una carpeta y se notará menos, que quizá no hace falta que me ponga en primera fila, por lo mismo. Porque escribo y no pinto. Escribo, soy un escritor de palabras furtivas. Siempre lo soy, ya lo he dicho. Poemas furtivos escribí tan joven aquí mismo, y a veces, al presentarlos en un libro tantos años después en el Aula

delsEscriptors de la ACEC, lo hemos recordado, como en el libro publicado en Holanda. Poemas furtivos. Palabras furtivas. Poesía siempre furtiva, y cazador yo así en ella. Sofía me invita a venir.

Estoy en casa y me llama. Que ya está allá, que vaya. Muy bien. Pensaba ir, si podía, aunque no sé qué voy a escribir. Pero puedo escribir en el jardín del Ateneo, porque me despierta y convoca tanta vida, tantos recuerdos, y está unido también a mi poesía. Sofía estaba a mi lado, ha intentado pedir una infusión —para ella— y un agua y un café —para mí— pero imposible, igual que antes no he podido pedirlo yo. Estoy al lado de una modelo, y se lo digo a Sofía. Da igual, me dice. Ella va al lado de otra que está en otra esquina. La de mi lado aún está vestida. Empezamos las poses en 5 minutos, dice. Y se desnuda. Es preciosa. Es una escultura. Pensaba que no escribiría nada de una modelo, que escribiría de adentro, que no seguiría sus poses, y no creo que vaya a hacerlo, pero siento esta presencia de belleza que me da paz. La belleza es serena y calma el alma, es como una fuente de agua fresca, si sólo se muestra tal es y en sí misma, en este silencio y esta paz con que esta chica a mi lado lo hace. Paz. Calma. La belleza. Que puede estar y ser también en la mujer. En el sufrir, en los abandonos, en las pérdidas quizá esto ya he olvidado. Y una chica que se muestra en su belleza y es sencillamente como una fruta entre las palmeras de este jardín me lo recuerda y me da paz. Y con la compañía de esta paz, casi como una sombra, y a la que quizá casi ya no voy a mirar —digo casi, porque quizá lo haga alguna vez, para comprobar que está, pero me basta

con esto, con que esté y sentirlo y saberlo— puedo volver a escribir y perderme por adentro. De adentro pensaba escribir. Cambio. Otra escultura. Más belleza. Y el adentro. Porque pensaba ya en tantos recuerdos que decir, tanta vida que podía escribir aquí, en el jardín del Ateneo. Está el pensar esta mañana cómo hemos ido escribiendo y dibujando Sofia y yo en estos sitios de Barcelona —la Plaza Real, el Museo Picasso, Santa María del Mar— como quizá podía hacerlo hoy en el Ateneo, y que es ya una experiencia curiosa. Podrías hacer un libro, dice mi madre. Y hasta da el título: Arte en Barcelona. Miro la escultura y me dice que la vida aún puede ser plena, puede ser fruta, como la belleza de una mujer. Puedo aún así sentirla, sentirla otra vez. La vida puede ser también la belleza desnuda que da paz mientras se muestra en el pozo y remanso de silencio y calma que puede ser en un jardín. En Barcelona. Arte en Barcelona, sí. Hoy en el Ateneo. El otro día en el Museo Picasso, atezados por una música trepidante y posturas forzadas de la modelo, a partir —he leído decían los del propio Museo— del estado agonizante del caballo en el dibujo “Caballo corneado” de Picasso, que hizo en Barcelona en 1917, justo hace 100 años. La Barcelona que quería tanto como yo la quiero. Y la busco, y la encuentro. Cambio. La chica vuelve a la vida, sonrío y dice algo. Y otra vez una preciosa escultura. La tengo al alcance de la vista y casi de la mano, y es por esto que en algún momento y pese a no pensar hacerlo, la miro. Pensaba escribir en el bar y del adentro. Pero escribo al aire libre, el aire libre que tanto quiero y, por tanto, soy un escritor que escribe a plein air, como si fuera un pintor.

Esta sesión se llama apuntes del natural. Pensaba que de este natural —la modelo o modelos— yo no iba a escribir nada, pero que mi escritura siempre son apuntes del natural. Esto es siempre el escribir. Ya veo, ya vemos que me pierdo. Pero la belleza también pide y exige su atención y su tiempo, como las situaciones imprevistas de la vida, y esta belleza al lado tal una fruta hoy lo ha sido, lo es. Vuelvo al escribir. He pensado en la curiosidad de escribir como quien pinta, de ser el único que escribe mientras los demás dibujan o pintan, como he hecho estos días me he referido y ahora hago, y este aire libre ha de filtrarse entre las líneas, en este “Arte de Barcelona” que con Sofia podemos componer, hemos casi compuesto sin querer. Me mandó los dibujos del Museo Picasso el jueves, 17, número mágico, y de una fuerza extraordinaria. —Cambio, de pie, belleza otra vez. Pero vuelvo al papel — Los mandé a Francia, al editor del sur, pues, como le dije a Sofia, Picasso y Barcelona y los toros pueden ser muy bien acogidos en Francia y aún más en el sur de Francia, y es una editorial, y la revista es también de arte, no sólo literaria, usan imagen, y música: *Revue d'Art et de Littérature, Musique*. El arte está en su título. He visto en casa antes de venir que no lo habían publicado hoy. A ver si la semana que viene. Le explicaba a mi madre que las imágenes de los dibujos no dan idea de su fuerza y su presencia física, pues son cartones grandes, una colección entera. Podrían exponerse con mis poemas. Es una colección conjunta que hicimos sin querer. Pero ahora miro un momento a la mujer entre palmeras. Nada refresca más que una mujer, ni calma más la sed. Nada

nos hace más vivir. Y sufrir. Sólo el arte hace quizá así sentir. El arte, y la mujer. En esta mañana en el jardín romántico del Ateneo Barcelonés, donde yo escribí muchos poemas de mis veinte años y que aún van por el mundo, en otras lenguas o en canción, y así aquí y en Barcelona vuelven a venir. Que la vida vuelve, y la poesía vuelve es algo que me decía y sentía en casa al pensar que venía a escribir esta mañana aquí, donde poesía escribí, donde me vacié y perseguí, como otra vez aquí hago, ahora, tantos años después. La mujer, ahora, de espaldas, como la vida te da la espalda a veces. Pero la espalda de la mujer es también belleza, y en esta belleza me da sombra. Sigo. Siento también las plantas y las palmeras entre la loza verde, su frescor y también su sombra. El aire. Sigo, me pierdo. En casa he tenido que borrar fotos del móvil, y me ha salido que en el Museo Picasso, en la 1ª sesión del Zoom, escogieron el grabado de Sofia y el mío —que era un remedo de un dibujo suyo, que gentil me ofreció— como muestra de lo que habían hecho los participantes a esa sesión. Y he recordado que escribí una prosa, “Huecograbado”, de esa tarde, y que también escribí —creo que lo he dicho— de otros días que acompañé a Sofia a pintar, como en la Pedrera o el MNAC. Pero que escribí después en casa, no en esos sitios y mientras ella pintaba. Hasta encontrarnos sin decidirlo y sin pensarlo escribiendo juntos, a la vez, uno al lado del otro. Hoy en el mismo sitio pero no al lado. Sofia ya me había buscado un sitio que ha considerado discreto. Otras veces yo había pasado apuro de que se me viera sin hacer nada. Canvi. Ahora la chica, la mujer está en una postura que parece

que ofrezca fruta. Pienso luego que no sé porqué así lo pienso. Fruta que ofrece fruta. Arte en Barcelona. Estas prosas del pintar en estos sitios en que no escribí pueden quizá sumarse a él. No lo sé. Sabía que tenía y podía decir tantas cosas mientras escribiera en este jardín, y no sé si diré éstas o diré otras. La vida es imprevista. Ahora suenan unas campanas. Debe de ser Santa Anna. La mujer es una fruta y se ofrece como fruta y además da fruta. Estoy en el jardín del Ateneo Barcelonés, escribo y sigo, y pienso en algo que he sentido y pensaba que podía decir y a lo que quizá he apuntado. Y es que la vida vuelve. El arte vuelve, la poesía vuelve. La poesía siempre es un regreso, como nos da también esta sensación la belleza. Este Ateneo tiene para mí mucha vida y muchos años, son los poemas de mi juventud herida que en él escribí. Es esto y es la vida que vuelve, es esta mujer preciosa que es una escultura pero también está viva y es una fruta. Como la poesía, que queda para siempre, esculpida, pero sólo puede hacerse en su momento, mientras corre la sangre por sus venas, y desde la savia del tiempo. Oigo que hacen un café en el bar. Qué bien me iría tomar uno. Hacen otro. Pero sigo escribiendo, como la mujer ofreciendo su belleza. Vuelvo a lo que decía. Y es que la vida vuelve. El 18 de julio vamos a presentar aquí el libro que la hispanista brasileña Ester Abreu ha publicado sobre mi poesía, con una antología de mis poemas castellano-portugués. Ahora me hace una ilusión enorme que venga. Me parece un sueño. Ayer veía el hotel por el que me preguntaba, le decía que sí, que la localización es muy buena, está cerca de aquí. Que le he de enseñar la

Universidad, me decía mi madre. Y le contaba yo que ayer en la tarde de sábado al pasar por ella con Alicia camino del cine para ver la extraordinaria película “El sueño de Gabrielle” (“Mal de pierres” en el original), y que este adjetivo merece por tantas cosas, sutiles cosas, pensaba que tengo que avisar a Basilio Losada, por si puede venir y conocerse con Ester. Porque he de atender a Ester. Quiero que se sienta bien acogida y muy apreciada como en verdad es. Han dicho hace rato cambio y aún no he podido mirar. Ahora miro. La belleza. La belleza otra vez. Pensaba escribir sólo del adentro, escribir para ello ya en el bar, y quizá hubiera sido mejor. No se puede no atender a la belleza, ni ser indiferente a ella. Y la belleza de la mujer se mezcla en esta prosa, como la de sus palmeras y el aire que siento en la mejilla como caricia. Recuerdo que, por otra parte, Chillida dice de un modo agudo y penetrante y de un modo que da que pensar que la belleza se mezcla muchas veces en los asuntos del arte, y no siempre para bien. Entiendo lo que dice, y creo haberlo glosado alguna vez. El arte no es lo bonito o lo decorativo, y por esto el poeta Antonio Gamoneda dice que él se siente ofendido cuando alguien le dice que un poema suyo le parece muy bonito. La belleza es un peligro y una tentación y una facilidad que rebaje el arte si la priva y se inclina a ella de según qué modo, sí. Pero aquí se mezcla de un modo natural. Pausa, dicen. La modelo habla. Se viste. ¿Era tan difícil? No, algún escorzo. Lo que pasa es que estamos tan cerca. Es lo mismo que dice la modelo. Que también vuelve a la vida desde sus posturas de escultura y sonrío y habla y es simpática. Haré una pausa

yo. A ver si me tomo un café. Decía que en esta prosa que quería convocar recuerdos y escribirse ahondando en el adentro, que esta decisión tenía, se ha mezclado la belleza, pero no como lo dice Chillida sino de un modo natural y sencillísimo, tal si esta mujer que ha ido cambiando de posición y al final ha hablado y sonreído fuera una palmera o planta más. Es un elogio lo que digo, no me vengan con machismos. La naturaleza es la verdad. También escribir del natural. Se puede escribir del natural y escribir del adentro, desde el adentro. Pero lo hago al aire libre. Escribo deprisa. La gente habla. Es la pausa. Sofía ha ido a pedir. Quiero yo también hacer la pausa. Con un café. Aunque esta prosa es tan desordenada e insólita, con esta belleza viva que cambia de formas y he tenido al lado y se mezclado en ella, quizá —ya lo veo— tampoco para bien, que no sé si recordaré dónde la he dejado, qué decía en ella. Pero quiero hacer un alto, y tomar un café y beber algo de agua bajo la sombra de las palmeras en este jardín. Punto. Espero a Sofía.

Sofía, con el café. El agua y el café. La otra modelo, que los que pintan a mi lado, mientras charlan en el descanso, dicen que también es muy guapa. Pero la belleza no me ha de distraer. Pero la belleza llega y en su plenitud se da, en la espléndida fruta que es. Pero así pensaba reemprender tras el café. Que no pensaba que se mezclaran las modelos y su belleza ni que esto fuera una sesión de apuntes al natural en esta prosa y mi escribir. Pero lo que pasa es que he tenido la belleza demasiado cerca. Les era difícil por ello para dibujar y se ha mezclado por ello en mi prosa, como no pensaba. Es un peligro, pues, que la belleza esté

demasiado cerca. Este es otro peligro que la belleza tiene y en el que no pensaba, aunque sí la cercanía o tendencia en la facilidad a ella al hacer arte, y que éste menos por ello lo sea. Esto pienso y quería decir. Y después olvidarlo. Miro otra vez la belleza. Cambio. Espléndida. Y la olvido, quiero ya no mirarla y olvidarla y escribir más lo que quería escribir. Y es de la vida. De cómo siento que vuelve la vida. Una manera de volver, pienso también ahora, ha sido el de tener de manera tan imprevista esta belleza en forma de mujer tan cerca, y que me refrescara y distrajera y se colara entre las líneas e intersticios de mi prosa. Pero es una belleza viva. Que está viva. Como la poesía. Que vuelve y sigue viva, no ha dejado jamás de estarlo. Pero a veces de modo simbólico nos lo dice. Como con la venida a Barcelona de Ester, un acontecimiento que me llena de ilusión por tantas cosas. Tiene un año más que mi madre, hace 15 o 20 años que traduce y estudia mi poesía, me he encontrado y paseado varias veces a amigos suyos por Barcelona, pero nosotros no nos conocemos en persona. Aquí ahora al final nos encontraremos. Cambio. Pose rarísima, como dice quien dibuja al lado. Sorprendente. La vida también sorprende. Y es un regalo y se da como un regalo. Como lo es esta venida de Ester a mi ciudad. Aquí, en el Ateneo Barcelonés, donde se conocieron Dalí y Lorca —creo, me dijeron— e hicieron un homenaje a Darío y está visible la sombra de tantos escritores —un busto de Pla, veo, en este jardín, al lado de los balcones en que estudiaba, y el de Sagarra, dado por su hijo, en el bar— vamos a presentar su libro dedicado a mi poesía, y leeremos poemas. Y

algún poema de otoño leeré yo como regalo y sorpresa para Ester, pues en ellos se ve su libro y la vivencia que es para mí, cómo en el corazón lo acompaño. Espero que le gusten. Que le den sombra. Como a mí aquí estas palmeras. Y aquí quiero que tomemos algo, en este jardín, en una agradable noche de julio, tras presentar el libro. Quiero que venga mi madre, que es de su edad. Quiero que Ester se sienta apreciada y acogida. Que se le acompañe y se le honre como merece. Por esto seguiré la sugerencia de Elena de escribir al Cónsul de Brasil en Barcelona en instarle a que asista, y a la Embajada. Todo es, sería poco. Ayer pensé en Losada. Sería bonito para Ester que viniera. Es el traductor de Saramago. Hemos compartido la revista *Luzes*, para ese número Javier Sancho Más me entrevistó aquí, en el jardín del Ateneo. Me llamó de manera muy cálida por mi último libro, *La lucidez del alba desvelada*. Estaría muy bien que viniera, Se lo decía ayer a Alicia al pensarlo mientras pasaba por la Universidad, y mientras tomábamos algo antes del cine ella me hablaba que también podría moverlo su amiga profesora de la UNAM, que allí me invita y conocí en Barcelona la última vez que estuvo y se dedica a esto, a la traducción y a las lenguas. Cada uno da lo que tiene, y piensa en lo que tiene cerca. A veces levanta los ojos, como yo ahora hago, y ve a la belleza que esplende y se muestra al aire libre en un jardín. La vida es esta sorpresa imprevista. Es este regalo. Me llena de vida que Ester venga, y llena de vida a mi poesía. La hace estar viva otra vez.

La vida vuelve y vuelve el arte, vuelve la poesía. Esta sensación tengo y esto quería decir, entre otras cosas que he olvidado y no diré —porque hay asuntos imprevistos que se mezclan, lo sabemos y hemos visto, yo puedo verlo si levanto los ojos— esta mañana mientras escribo en el jardín del Ateneo Barcelonés. Cambio. Sí, sobre todo esto quiero decir. Quiero decir la vida y la sensación más que agradable hasta feliz de que puede como volver a darse y volver a ser, y sentir, saber que no la hemos perdido del todo. Que nada o casi nada en el fondo se ha perdido. Decía ahora lo que quería para Ester y pensaba que parecía el romance “Hermana Marica” de Góngora, que leía en pasados días. Ayer, con mi madre, las máximas de Vauvenargues en la Rambla Cataluña, en una bonita edición que llevaba un símbolo de separación entre máximas que es igual al de una colección que considero publicar mi edición de Jorge Folch. La edición que hice de Jorge, le decía a mi madre, al comentárselo. Y que volvió a estar vivo ayer por un momento. La vida y la poesía vuelven, sí, y vuelven en su gozo y su bondad, en lo que de bueno también nos dio, y no sólo en sus sombras y sus heridas. Esto pensaba esta mañana en casa y quería de algún modo decir. Porque esto siento. Ayer llamé a Berta, y al hablar le comenté que viene Ester, y le invité a venir. Ya tantos años de amistad. Siempre que ha podido ha venido a las cosas que he hecho, y así se lo decía. Y pienso que le encargaré que escriba una reseña, si quiere y viene, para publicarla en Francia y honrar a Ester. Amistad. Amistad a lo largo. Amistad de muchos años, y que aún está viva, y se puede dar. He hablado estos días

con Carmelita, y le he escrito, porque en octubre va a presentar mi poesía en la Academia de España en Roma. Hace siete años que no la veo. Pero no he dejado de llamarle, de consultarle los títulos de mis libros. Nadie merece más presentar mi poesía, como le dije. Porque ella me animó a escribir cuando no escribía, decía que debía hacerlo —y era cierto— adivinó la prosa que iba a venir y hasta el carácter que iba a tener —lo *Zibaldone*— y hay una belleza especial e imprevista, y un acto de justicia que trae la vida y que a la vez es un regalo que presente mis poemas en Roma alguien que aparece con su nombre en estos poemas, y se ve que los acompaña y los vigila, los comenta. Filóloga por la Universidad de Catania, Sicilia, la belleza del Mediterráneo en su esplendor más alto, más redondo y más puro. La vida trae este regalo en Roma. Con alegría y asombro lo he recibido. Así he de vivir también el recuerdo de los poemas de *Absurdos principios verdaderos*, publicados en 2011 pero que en 2006 fui componiendo mientras rescataba sus poemas, que Carmelita leía y acompañaba y me animó a darles valor. También así lo digo en un poema, y le hago justicia. Y el de la prosa que he escrito estos años e intuyó Carmelita. La otra noche saqué estas prosas. Y vi “Días de Roma”, que escribí en casa de Carmelita. Se lo contaba ayer a mi madre, porque lo he recordado. He recordado lo que es y fue y significa. Estos días de marzo de 2010, la semana que estuve en su casa en Roma —Pausa, Gracias, Gracias a ti, ya esta belleza he olvidado, la miro para despedirme, pero he logrado que no se mezcle tanto en escribir, he de escribir lo que debo, pese a la belleza— me dieron paz y

fueron un alto en el trajín de los días, y así como la calma y la belleza del Ampurdán me hicieron escribir en otoño, porque la sensibilidad despiertan, también la despertaron estos días en casa de Carmelita en Roma, porque eran días de Roma y también de encuentro y de amistad. No escribía desde otoño, los poemas de 2009. Y me encontré escribiendo, queriendo escribir y sin papeles, apuntando en un cartón en una taberna que Carmelita juzgó barcelonesa al lado de Piazza Farnese. Vi los papeles, pero no este cartón, calendario, mapa quizá en que escribí y creía guardaba. He de buscarlo. Pero luego escribí, escribí ya en casa de Carmelita, en papeles, escribí con pasión y con furor —veo a Carmelita pasar cerca y decir “lo scrittore”, y que tenía que hacerme una foto, para que se viera que había escrito en su casa—: así escribía, así sentí que volvía la escritura y la vida, y también que ésta encontraba otro cauce de expresión en esta prosa. Que tenía que escribir otra cosa, escribir la prosa que precisamente adivinó Carmelita y como una sorpresa o un regalo me encontraba escribiendo en su casa. Y notaba y sabía al escribirla que era otra cosa, otro camino en arte. Que era un nacimiento. Una vida que empieza en su camino, en un camino que empieza y no sabe muy bien adónde va y a la vez tiene cierta conciencia de lo que es en su temblor y en su avanzar a tientas, como en el arte pasa y también en su mismo nacer. Así pasa, así se da. Así sucedió en Roma, aquellos días. Lo recordé, y al ver, al leer poco, muy poco de esa prosa vi que aparecía esta conciencia de que se abría un nuevo camino en el escribir. Y era el que Carmelita adivinó. Se dio en Roma. Lo sabía;

pero ya no lo recordaba. Lo recordé al ver lo que hay en esa escritura. Lo que hay y pude escribir y no es todo lo que pensé y deseaba. Porque quería continuar la prosa, pero no pude, eran días muy cansados en Barcelona, deshacía el piso de mi abuela y esto me traía mil agobios con los que nadie más cargaba y no me dejaban ni un momento de calma para mirar y ordenar los que había escrito, y esos días de Roma eran una búsqueda de paz. Veo a Carmelita, enérgica, diciéndome: les has de decir que tu trabajo es escribir. Dando a entender que tenía que plantarme. Y era verdad. Ahora el modelo es un hombre. A una de las que pintan al lado se le ha cagado un pájaro. En el descanso han averiguado que la modelo que hacía posturas tan difíciles no sólo hace yoga sino que es profesora de yoga. Sigo. Este hombre a mi lado —lo miro un momento— señala y mira hacia un sitio. Yo señalo y miro a la vida. En mi escribir. Ahora. En los poemas y en la prosa, en la prosa que nació en Roma, los días que me invitó a su casa Carmelita y despertó Roma y su cariño y el sentirme acogido en ella en amistad y así tras apuntar algo en un bar porque no tenía más papel saber que la escritura volvía, con la vida, para decirla, y escribir ya en su casa y ante su vista con pasión y con furor —Carmelita pasa a mi lado y dice, contenta: lo scrittore. Dice bien, y tiene razón. Porque escribir es una alegría. El arte es una alegría. Porque es la vida. La quintaesencia de la vida. La dice, la pulsa, la rima. La desordena y en ese desorden la ordena o dice. Así sentía volver a la escritura en Roma en marzo de 2010, así escribía a la vista de mi amiga Carmelita y este sentir era una verdad, porque se cumplió

y así fue. Años de escribir prosa, un tipo de prosa que adivinó Carmelita. Y se dio, nació en su casa, en unos días de Roma. Se lo decía esta mañana a mi madre. Que notas que es un nacimiento. Que empieza un nuevo camino en arte, se abre en él un cauce. Y así fue, se dio. Es curioso, me dice. Y sentí que escribía de la vida, de sentir la vida esos días en Roma, y así debí decirlo. Con la alegría de que volvieran la vida y la escritura debí así comentarlo un poco, y veo el entendimiento de Stefano de ello al decirme cuando me iba: Te llevas un material vivo. Sí, vivo. Lo decía respecto a lo que había escrito esos días en Roma y de esos días y a mi sentir que lo debía completar y ultimar. No pude hacerlo, pero abrió la escritura de años, como entonces supe y sentí. Es curioso, dice mi madre, cuando le explico la seguridad de esta certeza. Pero la vida es curiosa, como el arte que la consagra y que la nombra. La vida no puede ser otra. La vida es muchas cosas y a la vez no es sino lo que es y también todo lo que puede ser. Y lo que puede ser y como puede decirlo el arte. En tantas formas, en tantos cauces. De arte que son la vida. Cambio y último, oigo, sí, se acerca la hora, tendré que ir acabando. Casi habré podido decir lo que quería, o algunas de sus cosas. El arte, la vida que vuelve. Que volvió en Roma hace siete años, y estará allí en octubre, con Carmelita y mi poesía, en un abrazo tras siete años de no vernos. Que está ahora esta mañana en el Ateneo. Que está en mi juventud herida y los poemas que aquí, en él escribí, y estará aquí en julio junto a Ester y el regalo que es que venga. La vida vuelve, esto siento, y por esto viene Berta a ver a Ester, y volveré a encontrarme con Carmelita

en Roma en octubre, y supe que nacía un camino en arte al escribir hace siete años esos días en su casa, porque ese camino de arte decía la vida, y así Stefano lo entendió y no pudo elegir mejor el adjetivo con que definirla —vivo, te llevas un material vivo. Gracias. El hombre se viste. Pasa muy rápido, oigo que dicen. Nos hemos ganado la comida. Quizá yo también. No lo sé. En vez de hablar he de escribir aún algunas líneas. Yo no necesito modelos. Mis apuntes del natural son de la memoria y del afecto y del adentro, y por esto aún no he acabado de escribir. Pero voy a hacerlo en breve. Y voy a hacerlo con la vida. Con esta sensación de que la vida vuelve y vuelve el arte, y tantas cosas estos días así me lo dicen. Quiero sentir que en la poesía y en el arte y en mi sentir todo no soy sólo de las heridas y de la sombra sino que también soy de la sorpresa y de la vida, del regalo que en sus imprevistas sombras es y los impensados caminos que para decirse en el arte encuentra. Soy de la bondad que todo lo sostiene y puede haber en el fondo de una persona y de su arte, soy de la caricia del aire, soy quien escucha a mi lado a la mujer que me dice: ¿Y en qué idioma escribe? En castellano. Y qué escribe. Hago un gesto que quiere decir: de nada, de la vida. Porque usted no pinta, escribe. Es que soy escritor. Su amigo dice: cada uno hace su trabajo. Esto es, digo. Como soy escritor, escribo. Como ustedes pintan. He sido, así, descubierta. Y en mi forma. “No para”, ha dicho la mujer. “Escribir es así”, digo. No añado que así es para mí. Esta manera y lo que para mí es el arte estaba intentando decir mientras me he interrumpido en esta conversación. Hablaba de la bondad y del amor, o de

esto quería hablar, y ahora sí tendré que terminar, porque si no llamaré de verdad la atención y hasta me echarán, al ver que hay quien hace arte del adentro y no necesita para ello modelo alguno. Diré, para terminar, porque debo de momento despedirme, que el arte es de la vida, y que vuelvo a sentir que la vida vuelve. Que la vida vuelve y no es sólo herida, que es bondad y es amor y que bondad y amor han de estar aun detrás de lo oscuro cuando se hace arte, y que para decírnoslo y así saberlo a veces la vida se nos da como una fruta y nos trae regalos y sorpresas y reencuentros. La vida se da en el arte y el arte la encuentra. La vida vuelve, la poesía vuelve, esto siento, y sé al sentirlo que la vida no es sólo congoja y son las sombras. Es un jardín recogido en el barrio antiguo de una vieja ciudad del Mediterráneo en el que yo escribí de joven poemas, a la sombra de sus palmeras, son esos poemas y la vida que aún tienen y los misterios que aún encierra, y Sofía que me dice que se va, es esta línea que se acaba, soy yo que me voy y algún día tendré que irme, la vida que se irá conmigo y la que en mi arte seguirá. Santi, puedes quedarte. No, no, ya me voy. Estoy en la entrada. Allí sí que todo el mundo me saludará. Quizá hacemos ver que no nos conocemos. La vida son palabras furtivas, palabras que si persiguen la verdad han de serlo, han de ser furtivas y han de esconderse y protegerse, hacerse, sí, a escondidas y en silencio. Y por esto sé y pienso, ahora que termino, que además de la bondad y del amor la poesía y el arte necesitan y son también del escondite y del silencio, para poder ser el agua fresca que de lo más hondo mana y este adentro en su sombra, su

amor, su herida, su gozo y su verdad expresan. Adiós, ahora sí que me voy. Porque Sofia me espera. Y me ha invitado a venir ella. Me ha invitado hasta al agua y al café. Que también son vida. Y estaría mal. Hay que responder siempre a la vida, y a los caminos que para decirlo el arte trae. Ahora sí adiós, fin, hasta otra.

Ateneo Barcelonés, Barcelona, 18 de junio de 2017



Plaza Real: 15 x 21 cm

Santa María del Mar: 17 x 21cm

Ateneo Barcelonés: 19,5 x 57cm